

"NO PUEDE EXISTIR UNA PEDAGOGÍA, SI NO ES UNA PEDAGOGÍA DE LA DIFERENCIA"

Entrevista a la filósofa y pedagoga italiana Anna Maria Piussi (1)

GR(2) -¿Quién es Anna Maria Piussi?

AMP-Es una pregunta difícil. Como primera respuesta tengo que decirte que no lo sé. Como Hannah Arendt escribió en *Vita Activa*, el "quién se es" no lo sabemos, nos queda siempre oculto, mientras es bien visible para los demás en nuestro manifestarnos a través de acciones y discursos. Sin embargo, quizá sí pueda contestar a tu pregunta contando algo de mi historia, gracias a la cual ahora puedo decir: ante todo soy una mujer; puedo por fin amar, para bien o para mal, mí ser mujer y dar preferencia a la referencia de las mujeres en mi vida, en la política, en el trabajo.

Soy licenciada en filosofía por la Universidad de Padua, un poco por casualidad porque mi deseo era estudiar medicina, pero mi padre me lo prohibió porque en ese tiempo no estaba bien visto que una chica estudiara medicina, algo que hoy suena absurdo pero en ese momento no lo era tanto. Esa y otras experiencias de autoritarismo fueron muy importantes para mí ya que me marcaron mucho. Después decidí estudiar filosofía, que es desde entonces mi ámbito privilegiado de pensamiento: siempre que abordo problemas educativos lo hago prioritariamente en un sentido filosófico. Tras la licenciatura empecé a trabajar en la Universidad de Verona en el campo de la pedagogía. Mi trayectoria hasta el final de los años 70 fue muy neutra porque no ponía en juego mi ser mujer. Fui primero una estudiante y luego una investigadora "brillante" – según los cánones académicos – pero siempre con esa incertidumbre, con ese desasosiego que me hacía estar allí pero a su vez no estar allí. Es "algo" que muchas mujeres han sentido en su estar en la universidad y en otros lugares con una historia y una presencia fuertemente masculinas. En esos años, por casualidad, – aunque realmente no se trató de "casualidad", porque yo creo que hay algo inconsciente, o parcialmente consciente, es decir el "deseo" que nos guía, los griegos lo llamaron "el daimon", algo que nos empuja, que no lo vemos pero que nos conduce, nos estimula – me

encontré con Luisa Muraro, Chiara Zamboni y otras, que me dieron a conocer los textos de La librería de las mujeres de Milán⁽³⁾. Cuando los leí fue una especie de revelación, descubrí toda una perspectiva que me permitió decir – y sentir – que eso era lo que estaba buscando. Con el feminismo de la diferencia sexual, que no aspira a la emancipación para hacer que las mujeres sean iguales que los hombres, sino que invierte en la diferencia hombre/mujer como significante libre de sí y del mundo, se deshizo para mí y para muchas otras un conflicto vivido individualmente como una división interna sin palabras: el conflicto entre estar en el mundo neutralizante/masculino de la cultura, de la política, de la vida pública, sacrificando nuestra diferencia, o renunciar para no perderla. Un nudo que se deshizo en sus efectos paralizantes gracias a una nueva posición interior y simbólica ganada en la relación política entre mujeres, que me permitió reconocer en mi ser mujer no una negación, una desventaja, un límite que superar, sino el lugar necesario y posible de libertad, de una voz que me corresponda y que al mismo tiempo hable del mundo y al mundo.

A partir de ahí comenzamos a juntarnos con un grupo de mujeres en Verona, estuvimos durante un año leyendo y discutiendo estos documentos que nos hablaban de la perspectiva política de la diferencia femenina en términos de libertad y no de derechos, leyes, poder, igualdad de oportunidades, emancipación, reivindicaciones al mundo masculino. Al cabo de un año fundamos la Comunidad Filosófica Diótima⁽⁴⁾, que forma parte de la Universidad de Verona, aunque no todas las mujeres que participan en Diótima trabajan en la universidad. Como Diótima hemos publicado hasta ahora once libros, muchos artículos y una revista online. Llevamos a la universidad la práctica feminista de crear un espacio "separado" de los hombres (que en los últimos años sin embargo se ha abierto al diálogo con los hombres) para que cada una pudiera tomar la palabra y hacer el trabajo de pensamiento a partir de sí, de la propia experiencia y pasión, en la relación con otras. Mientras tanto maduró en mí la idea de que la política de la diferencia sexual – es decir, la que piensa y actúa la diferencia de ser mujer no como opuesta o complementaria al mundo masculino sino con un sentido libre, que va en busca de un sentido libre – era fundamental para la educación. Esta perspectiva me parecía muy interesante para la pedagogía, sobre todo porque muchas de las mujeres de Diótima y de la Librería de las mujeres de Milán eran maestras o profesoras. Por ello, decidimos hacer una apuesta también en el campo de la

pedagogía. Algo muy interesante que surgió en las elaboraciones de la Librería de las mujeres de Milán, especialmente en el libro *No creas tener derechos*(5), es la idea de una práctica política de la relación entre mujeres que se llamó la práctica del "affidamento". Es decir, el reconocimiento de la disparidad entre mujeres, salir de esa idea de que somos todas iguales, que constituimos una categoría social o un "género"; reconocer que hay diferencias, no sólo diferencias singulares o personales, sino en el sentido de la disparidad, una disparidad móvil: en algunas situaciones y en algunas cosas puedo reconocer que una mujer tiene más que yo, más inteligencia política, más deseo, más competencia y la tomo como medida. Es una práctica que tiene efectos concretos ya que una mujer "autoriza a otra" para una apuesta, proyecto o actividad que quiere realizar. Esta práctica la he sentido muy útil en el campo de la educación, pues en este campo hay relaciones de disparidad que son fructíferas y que no se convierten en relaciones instrumentales, de poder, en la medida en que se reconoce la autoridad. No hablo de una autoridad ontológica, fija o ligada o roles institucionales, sino simbólica (autoridad de palabra, de sentido). Ésta existe – y puede circular como principio de orden en lugar del poder – en tanto y en cuanto alguien reconoce libremente autoridad en el otro u otra; en tanto y en cuanto alguien asume la responsabilidad de hacer crecer, de aumentar las posibilidades realizadoras, de abrir perspectivas inéditas para sí, para otras y otros, para el contexto concreto en el que se encuentra (un aula, una escuela, un barrio, etc.), para el mundo. "Autoridad", *auctoritas*, viene del latín *augeo*, que significa hacer crecer. Así hemos trabajado durante un tiempo en el campo de la educación, de la escuela y de la universidad, reflexionando y actuando siempre en busca de la libertad femenina, autorizando a las más jóvenes a encontrar caminos para realizar sus deseos, para encontrar un lugar simbólico propio en el que tomar consistencia, empezando por una práctica sencilla como utilizar un lenguaje sexuado (doble plural, género femenino y no sólo neutro-masculino, etc.). En el año 1988 organizamos un congreso nacional en la Universidad de Verona que constituyó un salto cualitativo en nuestras prácticas. Al congreso lo llamamos "Para que una tradición se afirme", porque el problema que – junto con otras – sentía es que la ganancia de sentidos, saberes y libertad construida por la política de la diferencia se podía perder. La idea era crear una genealogía, una tradición femenina – aunque esta palabra suene muy fuerte – que pudiera inscribirse en

las escuelas, en las universidades, en el mundo y en el lenguaje común de mujeres y hombres, para una nueva civilización.

GR-¿Usted lo dice en el sentido de escribir testamentos para una herencia, como lo plantea Hannah Arendt?

AMP- No exactamente. La misma Arendt ha hablado de herencia sin testamento y en ese sentido lo hemos hecho. Éramos conscientes de que la ganancia del feminismo de la diferencia, su herencia más significativa, estaba ligada no a una serie de contenidos prescriptivos (testamento) sino a prácticas y a principios orientativos, que cada mujer debería poner en juego para sí, gracias al vínculo libremente aceptado de confianza y autoridad con otras mujeres. Ante todo, la capacidad de transformación de la realidad que puede derivar de la modificación de nuestra relación con la misma: una capacidad, cuya eficacia habíamos empezado a experimentar, que se forma en la relación con otras mujeres y hace palanca en el deseo de cada una de dar un sentido libre a su ser mujer y a su actuar en el mundo. La herencia más importante, recogida por muchas mujeres como un don y como una promesa para el futuro, ha sido la de abandonar el esquema de la opresión como único horizonte representativo, que categoriza a las mujeres como todas iguales en la discriminación, aniquila el deseo y mortifica la fuerza femenina. Esto sin negar la existencia de formas de opresión y de discriminación, pero asumiendo otra mirada. Como afirmó en el Fórum Paulo Freire de Valencia (2006) una amiga italiana, que ha contribuido mucho a la pedagogía de la diferencia, Maria Giovanna Piano, «La opresión ha abandonando a las mujeres en la medida en que las mujeres han abandonando la opresión como categoría y como palabra clave representativa de su ser». Al congreso del que te hablaba acudieron muchísimas mujeres, no sólo maestras sino también universitarias, políticas, investigadoras. De ahí salió un primer libro colectivo, *Educare nella differenza*(6), que recoge el salto de haber reconocido la necesidad de la mediación femenina en el oficio de enseñar y en la experiencia del aprender: las relaciones de *affidamento*, la autoridad simbólica femenina, como palanca para la creación autónoma y relacional de saberes(7) y de su transmisión entre generaciones diferentes. Después del congreso, se produjo como una explosión de

iniciativas, escritos y actividades, que contagiaron también a mujeres (y hombres) de otros países: por ejemplo, España, donde se ha ido intensificado la elaboración del pensamiento de la diferencia sexual con muchas publicaciones (ante todo del Centro Duoda de la Universidad de Barcelona) y se ha venido creando, a partir del año 2000, una red de relaciones cuyo nombre es "Sofías. Relaciones de autoridad en la educación", de la que forman parte Ana Mañeru, Nieves Blanco, Remei Arnaus, Asunción López, entre otras. Un salto importante fue el de autorizarnos entre nosotras, profesoras, investigadoras, educadoras de la infancia y de los adultos, formadoras, etc., a transformarnos de objeto de los saberes expertos, en sujetos del saber(8). También de saber pedagógico, en cualquier contexto y en primer lugar en el sistema educativo público, a partir de la toma de conciencia de que ya teníamos conocimientos y competencias, que habíamos madurado en nuestro trabajo y en nuestras vidas, que no eran inferiores a la de los expertos, por el contrario, eran más significativas porque se habían generado – y hay que seguir generando – a partir de la experiencia y de la reflexión compartida en las relaciones de intercambio. Hemos trabajado siguiendo una vía afirmativa más que opositiva, desenmascarando la falsa neutralidad de los saberes, de las formas de organización de las escuelas y universidades, pero sobre todo valorizando y apoyando las prácticas femeninas libres: hemos unido amor por la educación con amor por la política, porque ambas contribuyen a la obra de civilización. Por tanto, nos hemos movido en otro nivel, como nos invitaba a hacer una de las pioneras de la política de la diferencia en Italia, Carla Lonzi, a principio de los años setenta del siglo pasado: «La mujer no tiene una relación dialéctica con el mundo masculino. Las exigencias que la mujer lleva aclarando no implican una antítesis sino un moverse en otro nivel»(9). Moverse en otro nivel, salir del esquema de la opresión que reconduce la falta de libertad al dominio del otro, ha sido el desvío que nos ha permitido poner en el centro de la política y de la pedagogía el deseo(10) y no sólo la necesidad o el derecho, la libertad antes que la liberación (de los estereotipos, de las discriminaciones, etc.). Ir más allá de ese esquema y por encima (no en contra) de la ley y de los derechos, conscientes de que la libertad humana y la vida asociada – con sus contradicciones y también con sus posibilidades – los exceden, comporta declinar la libertad como experiencia viviente y no como garantía, como relación y no como propiedad individual, como apertura al riesgo y asunción de responsabilidad y no como

ausencia de impedimentos. Liberadas las energías contraídas con el ajetreo continuo del deconstruir, la vía negativa del deshacer se ha transformado en otro camino, el camino positivo *de hacer existir aquello que se necesita y que se desea*, de traerse al mundo poniendo en el mundo entero una realidad más verdadera y humana. De abrir el tiempo y hacer irrumpir en la escena histórica el imprevisto de la libertad femenina y con ésta el final del patriarcado. Deshacer el orden existente empezando por construir otro orden: éste ha sido el paso político y cognoscitivo del pensamiento y de la pedagogía de la diferencia sexual. No una operación intelectual, sino un movimiento de transformación interna y externa, de sí y de los contextos de los que se forma parte, de desplazamiento de las barreras de lo decible, que encuentra en la acción inventiva, en prácticas experimentales compartidas con otras, la mediación para un incremento de conciencia, de deseo, de eficacia. Una praxis que esquiva las trayectorias de la política masculina como lucha por el poder, como liberación de vínculos y límites mediada por la fuerza de la ley, del dinero, de las tecnocracias, de las armas y, en cambio, asume la forma de política de lo simbólico: búsqueda de independencia simbólica a partir de sí, de la propia experiencia y motivación, del cambio de la mirada que cambia en primer lugar la relación con nosotras mismas y con el mundo, y nos hace capaces de acceder a la realidad con sus contradicciones y también con sus posibilidades. Y la política de lo simbólico, cuya apuesta prioritaria es el cambio del mundo como transformación profunda de mirada y de sentido sostenido por relaciones libres y significativas con otras/otros, puede vivir en todos los lugares, está al alcance de todas y de todos.

GR-¿Qué siente que aporta la "pedagogía de la diferencia sexual" al pensamiento educativo contemporáneo?

AMP- La pedagogía contemporánea, en particular la académica, está muy por debajo de lo que debería ser, como, por otra parte, la política institucional, ambas bajo dominio masculino aunque en ellas participen mujeres. Se oscila entre visiones catastrofistas y visiones redentoras, a las que les falta mantenerse en presencia del mundo, de lo que es, para hacer palanca en lo bueno que ya existe⁽¹¹⁾ y en lo que se puede hacer en primera persona junto con otras, otros (que nunca es tan poco como generalmente se imagina, si se

tiene un fuerte sentido de sí y de la necesaria interdependencia). Saber estar en lo real como mujeres y hombres conscientes de la propia diferencia y, por tanto, abiertos a la alteridad cualquiera que esa sea, permite leer el presente, los contextos, con la inteligencia más afinada, verlos en su complejidad, nominarlos con una lengua cercana a la experiencia, a las cosas que suceden, y hacerse mediación viviente (es la práctica del partir de sí) para abrir lo real a su más, con mayor eficacia respecto a las mediaciones ya dadas (normas, programas, procedimientos, códigos especializados, dispositivos disciplinares, etc.) que, en cambio, tienden a cerrar, a repetir el mundo, a confirmar la lógica del poder. La pedagogía de la diferencia sexual, inventada por mujeres pero válida para todos, apuesta por la independencia simbólica del poder y por prácticas inventivas en las que los sujetos – adultos y no – puedan ponerse en juego con lo que son, saben y desean; prácticas de las que puedan nacer ideas, pensamientos del educar, medidas de acción y de juicio adecuadas a los contextos y a las personas que los habitan, más allá de los códigos dominantes. Permite ver las contradicciones, afrontar los problemas, también lo negativo, y estar ahí de manera sensata y hacer de ello un saber, incluso cuando las cuentas no salen, desplazándose de la dualidad impotencia-omnipotencia. La pedagogía contemporánea se ha vuelto cada vez más sofisticada respecto a los saberes filosóficos y tecnocientíficos, se ha "modernizado" además, con la apertura a otros campos de investigación, a nuevas estrategias, técnicas e instrumentos, pero parece que ha perdido de vista las bases esenciales del educar y, por ello, corre el riesgo de convertirse en algo estéril(12). Bases esenciales que la pedagogía de la diferencia, inaugurada por las mujeres pero disponible también para los hombres, ha reconocido, reconociendo la relación materna como la primera escuela: la centralidad de la relación (y no de las asignaturas que hay que enseñar o del programa de estudio) en los procesos educativos; el cuidado de las relaciones que ayudan a crecer, nutridas por el sentido de la alteridad y de la confianza; el deseo, las pasiones, y no solo la necesidad, como impulso de la subjetividad de quien enseña y de quien aprende; la necesidad de sexuar los saberes para generar una cultura viva que corresponda al sentido libre de la existencia de mujeres y hombres y favorezca una nueva civilización de relaciones. En la actualidad, la imposición desde lo alto, las prácticas autoritarias del mandato y del control, ya no funcionan. Asimismo funciona poco el modelo empresarial y utilitarista del enseñar-

aprender como producir-consumir una cultura que se propone como mercancía, si se considera, por poner un ejemplo, la desvinculación entre título de estudio y empleo. Por eso sostengo que no puede existir una pedagogía, si no es una pedagogía de la diferencia. Porque la primera diferencia que nos constituye, la primera forma de complejidad, es la diferencia sexual: una complejidad imprevista e ineludible, que ni siquiera el pensamiento de la complejidad (Morin, Stengers, etc.) ha sabido reconocer. El pensamiento de la diferencia sexual, que significa hacerse pensantes como mujeres u hombres, cada mujer/cada hombre al partir de sí y de su parcialidad cognoscente, ha puesto en tela de juicio la falsa neutralidad del orden simbólico, también en el mundo hoy aparentemente neutro de la enseñanza y la instrucción, y ha abierto en las mujeres (y también en los hombres) un horizonte de libertad. La libertad de sustraer el dato original y fáctico de ser mujer de las representaciones producidas a lo largo de la historia por el sujeto masculino, para hacer posible la autorrepresentación y otorgar significado al mundo a partir de la propia experiencia sexuada. Hacer pensante y hablante la diferencia sexual, sexuar la relación con lo real y con el trabajo del pensamiento y del conocimiento «no es una complicación sin la cual viviríamos mejor, sino una riqueza grande y regalada, una fuente inagotable de sentido»(13). Es la tarea de nuestro tiempo, y nos permite superar un error epistemológico difundido. Un error a causa del cual sufren también las estudiantes y los estudiantes, porque no encuentran conocimientos vivos, capaces de dialogar con sus preguntas de sentido y con su interés por comprenderse a sí mismos y el mundo, el mundo que es (ante todo) de dos sexos. Y rechazan, cuando no han sido capturados por un sentido utilitarista de la instrucción, los contenidos y las formas, en gran parte, todavía neutras y abstractas del curriculum. No pienso la diferencia hombre/mujer como un dato fijo, sino como un dato interpretable e interpretante siempre en movimiento, en la historia y en la vida, y como hecho relacional que interviene en el contexto político, modificándolo. Y la práctica de la alteridad, de la toma de conciencia y del simbólico (pensamiento y palabra) a partir de sí, sobre los que se fundan la política y la pedagogía de la diferencia sexual, ha favorecido también el emerger de las demás diferencias humanas – de clase, de etnia, de diferente "normalidad", hasta la variedad sexual que cada una/uno elige para sí – subtrayéndolas a la heteronormatividad y al esquema jerárquico superior/inferior. También a raíz de la revolución femenina, la

representación universalista y antropocéntrica tradicional de "ser humano" ha sido cuestionada profundamente en las últimas décadas por la irrupción de nuevas y autónomas subjetividades, como demuestran, por ejemplo, los movimientos postcoloniales y las culturas LGBTIQ. Esta consideración me lleva a hablar de una ganancia central ofrecida al pensamiento contemporáneo, es decir, la superación de los múltiples dualismos jerárquicos sobre los que se ha construido el orden simbólico-social moderno alrededor del eje femenino/masculino: naturaleza/cultura, privado/público, producción/ reproducción, lengua materna/lengua científica, teoría/práctica, experiencia/pensamiento, individuo/sociedad, cuerpo/mente, emoción/razón, dependencia/autonomía, y muchos otros. Como ha afirmado un conocido estudioso, Alain Touraine(14), hoy las mujeres más que los hombres tienen la capacidad de comportarse como sujetos transformadores, en cuanto portadores del ideal histórico de la recomposición del mundo y de la superación de antiguos dualismos y porque con su actuar individual y colectivo abren también para otros la posibilidad de ser sujetos creadores y liberadores de sí mismos.

GR-¿Lo sexual se considera en un sentido biológico?

AMP-Sí y no. "Biológico" no es una palabra adecuada, es mejor decir que somos cuerpos sexuados, cuerpos que no implican solamente lo físico sino también lo mental, lo espiritual, cuerpos integrales. Yo no utilizo la palabra "biológico", porque viene de un ámbito científico en el cual puede ser pertinente, pero no da cuenta de la complejidad del ser humano. En la actualidad las neurociencias, investigando sobre las diferencias entre hombres y mujeres, hacen nuevos e intrigantes descubrimientos sobre las diferencias, no sólo comportamentales sino también relativas a la organización biológica, que tienen implicaciones en diversos planos, desde la salud mental a la educación, aunque todavía no exista una respuesta exhaustiva y definitiva. Es interesante notar como las investigaciones en este campo y su divulgación son muy tímidas, pareciera ser por miedo a desmentir la idea de igualdad, de la paridad entre los sexos, que representa el paradigma de la modernidad. Un paradigma inclusivo que, como mucho, prevé políticas *en favor* de las mujeres para hacerlas más iguales a los hombres, pero que no se deja cuestionar por la política autónoma de las mujeres, por

su libertad de ser medida para sí mismas sin adecuarse a las medidas masculinas que, por otro lado, hoy se revelan totalmente inadecuadas para construir un mundo mejor para todos. También el feminismo paritario comete este error: mide las conquistas femeninas en términos de poder (signo identitario masculino), respecto al cual las mujeres estarían marginadas o siempre con retraso, y siempre en la necesidad de reivindicar (puestos, cargas, dinero, medios...), siempre débiles o víctimas. El feminismo de la diferencia, por el contrario, ha desplazado los términos de la cuestión, sabiendo que la política, como obra cotidiana de civilización para una convivencia no violenta, no es lucha por el poder, sino que se conjuga con la libertad subjetiva y con la capacidad de mediación.

La reflexión del feminismo de la segunda ola empezó desde el cuerpo, pero no entendiéndolo como algo meramente biológico. En los años 60 en los grupos de autoconciencia las mujeres comenzaron a interrogarse a partir de sí, a partir de su propia sexualidad, de su relación con los hombres; así, a partir del cuerpo, han elaborado visiones más complejas que incluyen la variedad de la condición humana, masculina o femenina, hasta la singularidad de cada una/uno, la multiplicidad de las relaciones humanas, sociales e históricas, la multiplicidad de los saberes. El hecho de la diferencia sexual, impuesto por la evolución de la vida, para convertirse en hecho humano necesita de un trabajo simbólico, de la actividad de la conciencia, del pensamiento y de la imaginación, de la palabra. Una actividad que las mujeres comenzaron a hacer en libertad, cada una a partir de sí y en relación con otras, para dar un sentido libre a la diferencia de ser mujer respecto a los significantes que la cultura masculino-patriarcal les atribuye. Y ahora podemos decir que la diferencia sexual no se reduce a la sexualidad (que puede asumir formas distintas de expresión) y no es ni siquiera un catálogo de características femeninas o, viceversa, masculinas. No es un contenido, más bien una relación: la calidad de la relación que tenemos con nosotras mismas, con las/los demás, el mundo. En esto el feminismo de la diferencia se distingue (a veces conflictuando) de las concepciones basadas en el "género" como construcción socio-simbólica del masculino y del femenino y como significante de distribución social, que conciben la palabra "sexual" solo en su sentido biológico y la reemplazán con el concepto de "género". De esa manera desaparece un hecho que nos constituye, el hecho de que somos cuerpos, que se conoce y se piensa "desde" un cuerpo (la

fuerza del pensar es el sentir, radicado en el cuerpo, como nos ha enseñado María Zambrano), desde una experiencia sexuada, y desaparece también la singularidad de cada una, cada uno, con su propia libertad y capacidad de cambio dentro y fuera de sí. No es casual que muchos proyectos educativos, siguiendo las orientaciones europeas o locales y financiándose con sus fondos, se estén desarrollando bajo el signo de la "pedagogía de género". Se multiplican, en las escuelas y en otros lugares, recorridos cuya finalidad es combatir los estereotipos, transmitir la capacidad de comprensión acerca de la propia identidad de género, educar al género, etc., multiplicando las figuras de "expertos en género". Se trata a mi parecer de atajos *politically correct* que tranquilizan, poniendo fuera de juego cuerpos deseantes y pensantes, en particular femeninos, experiencias de transformación que requieren ser atravesadas existencialmente, prácticas de mediación en contexto, conflictos políticos que derivan del continuo reformularse de la diferencia de ser mujeres y hombres, a partir de las cosas que suceden.

GR-Volviendo un poco a la problemática educativa, ¿podría desarrollar esto de que «toda pedagogía es pedagogía de la diferencia»?

AMP-Primero hay que reconocer que en el mundo, y también en el mundo de la educación, hay dos sexos (con muchas y diferentes posibilidades de vivir la sexualidad) aunque el mundo sea uno. El punto fundamental es reconocer nuestro origen, que el lugar de nuestro origen es la madre, como han escrito Adrienne Rich y Donald Winnicott(15), a partir de su propia experiencia humana y no desde un pensamiento abstracto. Todas y todos venimos de una madre. Rich comienza uno de sus libros más famosos con las palabras *toda la vida humana de nuestro planeta viene de mujer*(16). Esto es muy importante porque explica esa expresión, que puede parecer muy fuerte, de que no se puede hacer pedagogía, si no es pedagogía de la diferencia, es decir, una pedagogía que reconozca que somos seres de dos sexos, ligados a nuestro origen de manera asimétrica: nosotras las mujeres somos del mismo sexo que nuestro origen, la madre, que para los hombres es la primera alteridad que encuentran al venir al mundo, una mujer, el otro sexo. Una alteridad que no ha sido asumida como tal en las construcciones culturales y científicas (masculinas) a las que hemos sido educadas,

educados, sino, por el contrario, como un elemento que hay que ocultar o reducir a algo inferior, según una lógica autodefensiva masculina. A partir de ese primer aporte, el de repensar el lugar del origen, cerca de la categoría de "natalidad" de Hannah Arendt, se desarrolla la pedagogía de la diferencia, que reconoce que de la madre hemos recibido el don de la vida y de la palabra. En esa primera relación con nuestra madre hemos aprendido, no solo a estar en el mundo como cuerpos, sino también, contemporáneamente y de una manera interconectada, hemos aprendido la palabra y el pensamiento, a nombrar y pensar el mundo, como lo explica Luisa Muraro(17). Cuerpo, palabra y pensamiento están juntos, esto es algo que la cultura masculina nunca ha pensado – por lo menos la cultura occidental moderna – pues se ha manejado con dicotomías entre el cuerpo y la mente y muchas otras.

GR-Eso, me parece, se vincula con algo de lo que usted plantea en sus escritos; cuando expresa, por ejemplo, que el pensamiento masculino piensa al ser humano como una entidad autónoma y autosuficiente, mientras que el pensamiento femenino o el feminismo de la diferencia lo piensa siempre en "relación".

AMP-Exactamente, sobre todo en la modernidad prevalece la idea masculina de la autocreación, con los corolarios de la autonomía y autosuficiencia como ideales políticos y pedagógicos del ciudadano moderno, emancipado de la Ilustración. El moderno contrato social ha olvidado lo que nos constituye, nuestra condición humana como un tejido de relaciones no sólo en el presente, sino también con quién ha venido antes que nosotros y con quién vendrá después de nosotros, de quién deberíamos asumir la responsabilidad. Un tejido de relaciones, las más importante de las cuales, las que nos ayudan a crecer, son extrañas a la regulación del pacto social, no obstante nuestras sociedades pretendan lo contrario. Esta autonomía entendida como autosuficiencia es, en realidad, una ilusión porque ninguno de nosotros puede pensarse fuera de la relación, también la relación de dependencia, y la verdadera libertad consiste en reconocer y aceptar la dependencia de los demás, del otro de sí, la necesidad que tenemos de otros y otros, no sólo en el inicio sino, de manera diferente, también a lo largo de toda la vida. Por eso le damos gran importancia a la relación de disparidad o autoridad. Yo, como te he dicho, no pienso que la relación de

disparidad se ponga en juego solamente entre el maestro o maestra y alumno o alumna, sino que un/una estudiante con su intervención me abre una perspectiva nueva y puedo reconocerle una competencia mayor que la mía; en este caso, cuando escucho su palabra y la tomo seriamente, le doy crédito a su voz, le reconozco autoridad. Después, el juego es que esta autoridad pueda circular en el aula, es decir, en el lugar donde normalmente circula poder, hacer circular autoridad; no es algo fijo, sino que es una potencia simbólica que circula y permite el crecimiento de otros y otras. Pero este no es el único aporte: la pedagogía de la diferencia ha ayudado mucho en el sentido de interrogar y de-construir los saberes neutros-masculinos, que empobrecen la posibilidad de aprender y comprender el mundo y, todavía más, en el sentido de crear saberes que nacen de la experiencia femenina, también de las mujeres que trabajan en las escuelas. Muchas maestras y profesoras están trabajando en este intento de sexuar el saber, comenzando por el lenguaje. Porque, por ejemplo, nombrar a las chicas les da existencia simbólica, abre un mundo de diferencias, hace un corte que no es importante sólo por la diferencia femenina, sino que aporta una visión más real de la realidad y más prometedora también para los chicos, para que los hombres empiecen a pensarse a partir de sí, a construir su subjetividad masculina saliendo de lo "único universal", que es la pretensión de los hombres desde la antigüedad griega.

GR-Una última pregunta que tiene que ver con la pedagogía de la diferencia y la coyuntura histórica. Hoy estamos viviendo una crisis a nivel europeo y, más que a nivel europeo, a nivel civilizatorio podríamos decir. Esta crisis, ¿es también una crisis educativa?

AMP-Sí, claro. En este sentido, yo la leo mucho como una crisis simbólica. Es decir, una crisis en la manera de pensar, de representarse las cosas, en la manera de imaginar también el futuro, de nombrar el mundo con el lenguaje. Desde mi punto de vista, es más una crisis cultural o simbólica que una crisis económica y social. Diciendo esto no digo nada nuevo, porque muchos autores o pensadores lo han dicho, como Edgar Morin, por ejemplo. Pero la diferencia es que, mientras que los pensadores hombres dicen cosas muy interesantes que abren perspectivas nuevas, a ellos les falta el corte de la diferencia, es decir no parten de sí, del reconocimiento de la parcialidad de su experiencia sexuada. Porque si partieran de sí,

tendrían que reconocer que esta crisis mundial es una crisis especialmente masculina, es el resultado de una manera de pensar y actuar histórica masculina, son los hombres lo que han hecho la historia de una manera que nos ha traído hasta aquí. Con esto no quiero decir que todos los hombres tengan la misma responsabilidad, la cosa es más complicada. Pero esos pensadores – entre ellos los de la pedagogía crítica, que hemos leído durante muchos años – no dan respuesta a por qué estamos en esta situación, por qué no sabemos salir de una continua lucha por el poder, por qué pensamos el mundo como un continuo campo de batalla. No parten de sí para reconocer que esta manera de actuar en el mundo es más masculina que femenina, aunque mujeres participen en ella (y cada vez más mujeres son invitadas a hacerlo, sobre todo en estos tiempos de crisis de las grandes instituciones masculinas). Se siguen pensando en la contemporaneidad como autosuficientes, como que no tenemos necesidad ontológica de relaciones entre nosotros y nosotras. Todas estas cosas – que la naturaleza, por ejemplo, es algo que se domina y se explota por el interés de pocos, que el dinero y el progreso económico son fines en sí mismos y medida de prestigio, etc. – son visiones masculinas. Por todo ello, si los hombres – partiendo de aquellos que son reconocidos como autoridades simbólicas porque escriben libros interesantes o están en los medios de comunicación –, si ellos no hacen el pasaje de reconocer que hay una matriz masculina en todo esto, es difícil cambiar de dirección. Por suerte empieza a haber hombres – yo conozco más la situación en Italia y algo en el resto de Europa, pero no en todo el mundo –, pensadores, investigadores, maestros, que han comenzado a investigar y trabajar desde una perspectiva masculina libre, es decir, partiendo conscientemente de su diferente experiencia para ir más allá, y buscar entre ellos y en el intercambio con mujeres, nuevos sentidos y nuevas prácticas en el educar.

Por último, Gabriel, gracias por esta entrevista, que fue para mí una oportunidad para profundizar algunos puntos de un trazado que todavía requiere mucho trabajo y que espero poder compartir cada vez más también con hombres.

Notas

1.- Anna Maria Piussi, Catedrática de Pedagogía y Filosofía de la Educación en la Universidad de Verona. Desde 1991 cultiva la relación de reflexión, de práctica política y de pensamiento con profesoras y docentes de todos los niveles educativos en España. Apoyó en el 2000 la fundación de *Sofías. Relaciones de autoridad en educación* –encuentros, entre mujeres, de reflexión del sentido de prácticas educativas-. Junto con Ana Mañeru coordinó la publicación "*Educación, nombre común femenino*" publicado en Octaedro (2006). Ha asistido a numerosas jornadas, conferencias y seminarios en varias Universidades y encuentros con docentes en España. Ha publicado numerosos artículos, capítulos de libros y libros en castellano en Akal, Octaedro, Paidós, Icaria. Uno de los últimos libros traducidos es *Formar y formarse en la creación social* (Denes-CREC, 2006). En su obra ha planteado y divulgado la *Pedagogía de la diferencia sexual*, movimiento que impulsó en Italia a finales de los ochenta conjuntamente con el siguiente movimiento de *la autoreforma de la Universidad y de la escuela*. Desde 2005 es profesora del Máster *Online* en Estudios de la Diferencia Sexual que organiza el Centro Recerca de Dones 'Duoda' de la Universidad de Barcelona.

2.- GR: Gabriel Rosales. Profesor en Ciencias de la Educación por la Universidad Nacional de San Luis. JTP de la cátedra Práxis IV: Práctica Docente; perteneciente al mismo profesorado. Actualmente se desempeña como estudiante en el doctorado "Didáctica y Organización Educativa" de la Universidad de Málaga (España).

3.- <http://www.libreriadelledonne.it/>

4.- iden ant.

5.- Librería de Mujeres de Milán, *No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo de mujeres*, Madrid, horas y HORAS 1991.

6.- Anna Maria Piussi (coord.), *Educare nella differenza*, Rosenberg & Sellier, Torino 1989.

7.- Muchos son los ejemplos de esta búsqueda, siempre abierta y arriesgada, de saberes creados como resultado del haber producido de manera consciente un desvío respecto de las tradiciones (masculinas) y de los cánones contemporáneos, sin por ello ignorarlos, para encontrar la propia voz en el diálogo con otras. Se ha tratado de producir cortes y fisuras en el edificio de los saberes neutros y "objetivos", cada vez más desencarnados, también a través de la relectura con una mirada libre de los saberes sobre los que cada una se ha formado y a los que se refiere en la vida y en la profesión, manteniendo algunos elementos preciosos, capaces de generar pensamiento nuevo, y dejando caer los demás. Veasé, por ejemplo: Anna Maria Piussi (coord.), *Enseñar ciencia. Autoridad femenina y relaciones en la educación*, Icaria, Barcelona 1997, *La educación lingüística. Trayectorias y mediaciones femeninas*, Icaria, Barcelona 1997; Nieves Blanco García, *Saber para vivir*, en A. M. Piussi, A. Mañeru Méndez (coords.), *Educación, nombre común femenino*, Octaedro, Barcelona 2006; Vita Cosentino (coord.), *Lingua bene comune*, Città aperta, Roma 2006.

8.-Anna Maria Piussi, Letizia Bianchi (coords.), *Saber que se sabe. Mujeres en la educación*, Icaria, Barcelona 1996.

9.-Carla Lonzi, *Sputiamo su Hegel. Scritti di Rivolta femminile*, Milano 1974, p. 32.

10.- Lia Cigarini, *La política del deseo*, trad. de María-Milagros Rivera Garretas, Icaria, Barcelona 1996.

-
- 11.- Por el contrario, hemos creado, junto con hombres, un movimiento conocido como "*Autoriforma gentile de la escuela*", dejando de dar crédito a quienes niegan lo mejor de la educación y consideran que la excelencia del sistema escolar público solo puede darse a golpe de decretos y nuevas leyes. La publicación más importante, que recoge los pensamientos nacidos de la experiencia y las historias contadas con verdad, es Antonietta Lelario, Vita Cosentino y Guido Armellini (coords.), *Buena noticias de la escuela*, Sabina Editorial, Madrid 2010.
 - 12.- Remei Arnaus, Anna Maria Piussi (coords.), *Universidad fértil. Mujeres y hombres. Una apuesta política*, Octaedro, Barcelona 2010.
 - 13.- María-Milagros Rivera Garretas, *La diferencia sexual en la historia*, València, Publicacions de la Universitat de València, València 2005, p. 15.
 - 14.- Alain Touraine, *El mundo de las mujeres*, Paidós, Barcelona 2007
 - 15.- Donald W. Winnicott, *Dal luogo delle origini*, Raffaello Cortina, Milano 1990.
 - 16.-Adrienne Rich, *Nacemos de mujer*, Cátedra, Madrid 1996.
 - 17.- Luisa Muraro, *El orden simbólico de la madre*, Horas y horas, Madrid 1991.